

CONTEXTUALIZAR UNA DINÁMICA DE RENOVACIÓN

FR. JORGE ARTURO LUNA VILLALOBOS, OFM¹

I. ALGUNOS CRITERIOS DE RENOVACIÓN

En el Consejo Plenario de noviembre 2004 había presentado un estudio sobre el tema de la “renovación” que incluía un aspecto bíblico y otro tomado del Magisterio de la Iglesia y de la Orden. Me interesa ahora hacer un intento por contextualizar lo que pudiera ser una dinámica de renovación². Así como hay unos aspectos teológicos del tema, también los hay psicológicos y sociales. Estos dos últimos son lo que aparece como nuevo en la presente exposición. Hago aquí una síntesis del texto leído en el pasado Consejo Plenario para luego pasar a un intento de contextualización.

1. ASPECTOS BÍBLICOS Y MAGISTERIALES

El punto de partida que me fue propuesto es el texto de Rm 12,1-2

¹² Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrecáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual. ²Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto.

En este resumen retengo simplemente la observación de que al imperativo negativo: “*y no os acomodéis al mundo presente*”, le sigue un imperativo positivo: “*más bien transformaos por la renovación de vuestra mente*”. Aquí aparece la idea de “*renovación*” al lado del término “*transformaos*”. Este último texto remite la segunda Carta de Pablo a los Corintios

¹ FR. JORGE ARTURO LUNA VILLALOBOS es Licenciado y Doctor en Teología por la Universidad Católica de Lovaina. Actualmente es Profesor de Metafísica en el Instituto Franciscano de Filosofía.

² Esta fue una conferencia pronunciada en el Capítulo Provincial Electivo de Mayo de 2005, en el Valle de la Misericordia.

donde escribe: “Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, *nos vamos transformando* en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu”³. Igualmente nos vemos remitidos a los relatos de la transfiguración: “...Y se *transfiguró* delante de ellos”, literalmente se *metamorfosó*⁴. Tal es el trasfondo que puede sugerir esa transformación de la que se habla en Rm 12,2. Los exégetas dicen que la voz media del verbo indica la participación del sujeto como interesado personalmente en la acción, de manera que la receptividad pasiva (soy transformado) se modifica en receptividad activa (me voy transformando). La persona participa en esa su propia transformación espiritual: contempla a Cristo, refleja a Cristo.

Ahora bien, se trata de una *transformación* o *transfiguración* que precisamente debe ser hecha mediante la *renovación de la mente*. Se trata de una renovada capacidad de discernimiento, capaz de *distinguir* lo que sea la voluntad de Dios. Esa *renovada* capacidad de juicio es el instrumento de la renovación y conduce al reflejo, en nuestra vida, de la imagen de Cristo. Por tanto, en el ejercicio de esta *mente renovada* se trata de un trabajo de reflexión inspirado por la Palabra de Dios⁵. Para emplear el lenguaje de san Francisco, se diría que esta *renovación de la mente* nos hace pensar en la implementación de actitudes, comportamientos, proyectos, que sean según Dios⁶. Así pues, en concreto, renovación tiene que ver con *transformación*, con *transfiguración*, se trata de que Cristo sea más visible a través de cada

³ 2Co 3,18.

⁴ Mc 9,2; cf. Mt 17,2.

⁵ Cf. Ef 4,23-24; 5,10.17; Rm 13,14. “Renovad el espíritu de vuestra mente, y revestíos del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4,23-24); “Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias” (Rm 13,14). “Examinad qué es lo que agrada al Señor” (Ef 5,10); “Por tanto, no seáis insensatos, sino comprended cuál es la voluntad del Señor” (5,17).

⁶ Curiosamente, la expresión “según Dios” aparece únicamente en textos legislativos, una vez en la Regla no bulada (Cap. V,6 [sobre la instrucción y corrección al hermano “que quiere proceder según la carne y no según el espíritu]) y dos en la Regla bulada (Cap. II,10 [sobre “las prendas del tiempo de la probación]) y VII,2 [sobre la imposición de “penitencia con misericordia]). Se diría que allí donde se espera una determinación precisa -tratándose de un texto legislativo-, justo ahí se deja la más grande libertad pero siempre *inspirada por Dios*: las expresiones son del tipo: “como mejor les parezca que conviene *según Dios*”.

uno de nosotros y de nuestra Provincia (“que él crezca y que yo disminuya”).

2. EL TÉRMINO “RENOVACIÓN” EN ALGUNOS TEXTOS DEL MAGISTERIO

En un segundo momento había yo recogido el vocabulario del término renovación en algunos textos del Magisterio eclesial. Convenía estar atentos a la constelación de términos que aparecen junto con el término *renovación* o sus afines, por ejemplo, *discernimiento*, *transformación*, *fe*, *santidad*, *conversión*, *mundo*; curiosamente, todos ellos de algún modo ya contenidos en el texto de Rm 12,1-2.

2.1 *Redemptionis donum* (25 marzo 1984)

Los votos religiosos son un signo específico de la economía de la Redención. Ahora bien, es esencial para esta economía de la redención, la *transformación* de todo el cosmos a través del corazón del hombre, desde dentro. Siendo el amor la esencia misma de la consagración, los consejos evangélicos en su finalidad esencial sirven “para *renovar* la creación”⁷. Por eso el Santo Padre exhorta a las personas consagradas diciéndoles “que se *renueve* también vuestro amor a Cristo”, lo cual conduce hacia una “*renovada* conciencia eclesial”⁸. El amor aparece como manantial y como cumbre de una dinámica de renovación.

2.2 *Redemptoris missio* (7 diciembre 1990)

En esta encíclica el Santo Padre comienza diciendo que el Concilio Vaticano II ha querido renovar la vida y la actividad de la Iglesia según las necesidades del mundo contemporáneo⁹. Por ello invita a la Iglesia a un *renovado* compromiso misionero.

Ahora bien, la llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad, ésta es “presupuesto fundamental y condición insustituible para realizar la misión de la Iglesia”. De manera que el renovado impulso hacia

⁷ *Redemptionis donum*, n. 9.

⁸ *Ibid*, n. 14.

⁹ Cf. *Redemptoris missio*, n. 1.

la misión ad gentes exige misioneros santos. No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es necesario suscitar un nuevo “anhelo de santidad” entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana¹⁰.

2.3 Pastores dabo vobis (25 marzo 1992)

En este texto se habla, entre otras cosas, de la *renovación* de los seminarios, de que la obra educativa exige una *constante renovación*¹¹; del celibato se dice que ha de ser acogido con libre y amorosa decisión, la cual debe ser *continuamente renovada*¹².

Un aspecto importante: se nos recuerda que en la existencia cristiana hay una *novedad radical*. En efecto, la comunión íntima con la Santísima Trinidad constituye la novedad del creyente: una novedad que abarca el ser y el actuar¹³. Es por ello que en la dimensión espiritual, la vida de oración debe ser *renovada* constantemente¹⁴.

2.4 Vita consacrata (25 marzo 1996)

Se constata en ese texto que en estos *años de renovación* la vida consagrada ha atravesado un período delicado y duro. Sin embargo, las dificultades no deben inducir al desánimo. La Iglesia necesita de una vida consagrada renovada y fortalecida¹⁵.

Un punto de vista interesante es el señalamiento según el cual el primer cometido misionero las personas consagradas lo tienen hacia sí mismas, y lo llevan a cabo abriendo el propio corazón a la acción del Espíritu de Cristo¹⁶. Con sus carismas las personas consagradas llegan a ser un *signo del Espíritu para un futuro nuevo*, iluminado por la fe y por la esperanza cristiana. De ahí que la súplica de la, Iglesia “¡Ven, Señor

¹⁰ *Redemptoris missio*, n. 90.

¹¹ *Pastores dabo vobis*, n. 61.

¹² *Ibid*, n. 29.

¹³ *Ibid*, n. 46.

¹⁴ *Ibid*, n. 72.

¹⁵ *Vita Consacrata*, n. 13.

¹⁶ *Ibid*, n. 25.

Jesús!”¹⁷ manifieste una espera que es *lo más opuesto a la inercia*. [Por eso puede decirse que toda renovación tiene que estar marcada por una tensión escatológica]. De hecho, *la tensión escatológica se convierte en misión*, porque quien espera vigilante el cumplimiento de las promesas de Cristo es capaz de infundir también esperanza entre sus hermanos con frecuencia desconfiados y pesimistas respecto del futuro¹⁸.

“Los santos y santas han sido siempre fuente y origen de renovación en las circunstancias más difíciles a lo largo de toda la historia de la Iglesia¹⁹... de ahí la invitación de la Iglesia a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores”²⁰.

En el n. 40 de *Vita consacrata* es presentada una rica reflexión sobre el relato de la transfiguración. El evangelista Lucas emplea ahí el término *partida*²¹. Es sabido cómo este término, *éxodo*, es fundamental en la revelación y expresa el sentido profundo del misterio pascual. Pero es también un tema particularmente vinculado a la espiritualidad de la vida consagrada. Este “camino de éxodo”, visto desde la perspectiva del Tabor, aparece como un camino entre dos luces: la luz anticipadora de la Transfiguración y la luz definitiva de la Resurrección. La vocación a la vida consagrada, a pesar de sus renunciaciones y sus pruebas, y más aún gracias a ellas, es camino “de luz”, sobre el que vela la mirada del Redentor que dice: “*Levantaos, no tengáis miedo*”. Dicho sea de paso, el Papa Benedicto XVI, tocó este aspecto en su primer saludo a los religiosos: “Os saludo a vosotros, religiosos y religiosas, *testigos de la presencia transfigurante de Dios*”.

Yo diría que *la renovación pasa de la transfiguración del Tabor a la desfiguración del Calvario hasta la refiguración del Monte de los Olivos*. Por otra parte, nuestro Dios es el Dios del éxodo: no podemos detenernos; nuestro Dios es un Dios nómada... y nosotros nos estamos haciendo, o nos hemos hecho, sedentarios.

3. “RENOVACIÓN” EN LA OFM

¹⁷ Ap 22,20.

¹⁸ *Vita Consacrata*, n. 27; cf. *Eclesia de Eucharistia*, n. 18-20.

¹⁹ *Ibid*, n. 35.

²⁰ *Ibid*, n. 37.

²¹ *Éxodos*, Lc 9,31.

En el subsidio para la Formación Permanente de 1995 es donde más se habla de *renovación* en los textos de la Orden. El entonces Ministro General, fray Hermann Schalück, recuerda ahí que la renovación de la Orden pasa necesariamente por el discernimiento.

Se lee en ese texto que la idea de una renovación continua en la vivencia del carisma es un aspecto que la Orden asumió ya con las Cc.GG. de 1970. El proceso de renovación tiene como finalidad que el valor de la vida consagrada sea cada vez más fecundo para la vida de la Iglesia y del mundo.

En el dicho subsidio aparece algunas veces el binomio *renovación y crecimiento*, hasta emplearse uno y otro prácticamente como sinónimos. La formación permanente aparece como el motor de esa renovación. Se describe ahí *el camino de crecimiento* del hermano, luego se presentan las razones antropológicas, teológicas y franciscanas del crecimiento y la renovación, para finalmente hablar de la fraternidad como lugar y ámbito de la formación permanente, por tanto, como lugar de la renovación misma.

En el texto de las prioridades 2003-2009, el término *renovación* no aparece como tal, pero el lenguaje de lo *nuevo* está muy bien representado. El actual Ministro General recomienda revisar el informe de fray Giacomo Bini, calificándolo como una “*guía alentadora para la renovación y el cambio*”.

Por último, había yo concluido ese estudio con unas pequeñas tesis y/o criterios a fin de iluminar la toma de decisiones en vistas de una renovación, entre otras:

- Toda renovación apunta a una *transfiguración* (Monte Tabor) que pasa por una *desfiguración* (Monte Calvario) y conduce a una *refiguración* (Monte de Los Olivos).
- Toda renovación requiere plantearse absolutamente en un *horizonte escatológico*.
- *La esencia de la renovación* es interior: su objeto primero y formal es el amor.
- *El motivo y la fuerza* de la renovación es interior a nosotros mismos: *es nuestra comunión* con la Santísima Trinidad, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.
- *Los criterios* de la renovación son subjetivos y objetivos.

Subjetivos: silencio, adoración, escucha, discernimiento.

Objetivos: Palabra, escatología, Regla, Constituciones, contexto social y contexto fraterno.

- Toda modificación o actualización de las estructuras de servicio y administración debe inspirarse de esa *renovación transfigurante* y disponerse al servicio de la misma.

Hasta aquí pues, un resumen de mi primer estudio. Era necesario contextualizar, al menos de una manera amplia, toda esa suerte de *teoría de la renovación*. Ya en el texto de 1995 sobre la formación permanente se recuerdan los profundos y rápidos cambios sociales que nos afectan. Allí mismo se insiste en la necesidad de releer esos signos a fin de que *convirtamos nuestro tiempo en un kaíros*, en un tiempo oportuno para la renovación. Hay que discernir en los signos de los tiempos, *ellos son un nuevo instrumento hermenéutico*. Es por ello que he querido intentar buscar clarificar un contexto para esa renovación de manera que pueda ser útil a fin de plantearnos las exigencias de un proceso de renovación de un modo más concreto. Esto lo hago desde un doble punto de vista. En primer término expongo simplemente la importancia del individuo en todo proceso de crecimiento o renovación, ello nos ofrece un punto de vista psicosocial. Enseguida presento un segundo momento inspirándome en una reflexión de J. Palsterman sobre las comunidades de fe en el contexto de la sociedad actual.

II. CONTEXTUALIZAR LA RENOVACIÓN

1. VERNOS EN EL MARCO DE UNA HISTORIA

El punto de partida es que nos encontramos en el marco de una historia, que es, también para nosotros, historia de salvación. En cierto modo somos lo que hemos sido y somos ahora lo que seremos en nuestro futuro. Alguien ha escrito que el presente es un ayer que no termina. Sin embargo, desde otro punto de vista, “aún no se ha manifestado lo que seremos”.

En cada historia hay variaciones: encuentros y desencuentros, momentos de fervor y de tibieza, momentos de pecado y de reconciliación, espacios de fidelidad y de infidelidad, tiempos de docilidad y de resistencias; de

relaciones fraternas, de comunión, o bien de relaciones de tensión hasta la ruptura. La historia de nuestra provincia habla de todo ello.

En esa historia, a pesar de un desarrollo desigual por nuestra parte, hay siempre por parte de Dios una actitud igual y permanente: su fidelidad. Sin embargo, hay un peligro que acecha: la comodidad que supone el vernos simplemente como parte de un grupo, peor aún, ni siquiera como parte del grupo, sino que nos fusionamos a él. Vamos como en un rebaño que pone menos atención al desarrollo personal que a las incidencias colectivas. La famosa “masificación” de la que se habló un tiempo en la Provincia, no consiste tanto en la cantidad de hermanos que moran en un casa, sino en la actitud y calidad de vida religiosa de cada uno de ellos: se puede ser “masa” en un convento de tres o cuatro hermanos.

El proceso de crecimiento tiene que ver esencialmente con la persona individual. Allí donde falta el interés por el crecimiento de las personas, decae naturalmente el progreso comunitario. El crecimiento se frena; en lugar de una evolución se cae dolorosamente en una involución, no hay progreso sino regreso. En el fondo, hay una vuelta hacia una conciencia psicológica primitiva: lo que cuenta es el grupo y no el individuo, en una conciencia gregaría hay la carencia de una conciencia individual, el individuo se desvanece cómodamente, engullido por la historia de la comunidad, por el ritmo de la colectividad.

Aquí nos encontramos en el riesgo de caer en aquello que la sociología conoce como el *síndrome de los aprovechados*. Según esto, si en las organizaciones sociales cada individuo orienta su actuación a partir de la búsqueda del mayor provecho posible, todas las organizaciones están obligadas a afrontar el *problema del aprovechado* (*free rider* “el que viaja de mosca”). Ese síndrome consiste en la tendencia de algunos miembros a obtener el máximo provecho de los bienes disponibles y a comprometerse lo mínimo en las tareas que benefician a todos. En la teoría de las organizaciones una ley prescribe poner en práctica medidas que disuadan la actuación de los aprovechados, de lo contrario se erosiona el conjunto de la institución hasta su colapso.

La lógica de este principio es sencilla: si en un grupo de cooperación, o bien en una empresa, no se penaliza a los que se aprovechan colaborando lo más mínimo o trabajando lo menos, la consecuencia más probable es que el resto de la plantilla se desanime y tienda también a colaborar lo menos posible. De ese modo, si no se impide con alguna estrategia la lógica del

aprovechado, la institución religiosa se aboca a la decadencia. Es posible que algunos perseveren y vivan su vida religiosa hasta con entusiasmo, pero en este aspecto, a largo plazo, la inercia propia de toda organización puede ser dañina. Por otra parte, no es seguro que un exceso de rigor ayude a una buena adecuación; se trata, más bien, de buscar el equilibrio entre dos extremos: el de la excesiva permisividad y del exceso de rigor²².

Desde otro punto de vista, se trata también de una especie de infantilismo. Conforme el mundo se ha vuelto aparentemente más pequeño y familiar, una *aldea global*, como un barco en un océano sin trascendencia, el hombre, lejos de sentirse más protegido, se siente disminuido por la familiaridad de su entorno. Todo en el mundo se le presenta como una coacción de la que busca preservarse a falta de poder dominarla. La cultura ha producido un individuo infantil y victimizado. Como un niño, el individuo moderno “combina una exigencia de seguridad y una avidez sin límites, el deseo de ser protegido sin verse sometido ni comprometido con ninguna obligación. Además, al igual que un niño mimado, cada vez que se ve frustrado o se le exige una obligación, reacciona como víctima. En suma, el individuo exagera su independencia al mismo tiempo que reclama cuidados y asistencia. Es el tipo de hombre que se generaliza actualmente, lo peor es que de esa manera usurpa el lugar de los verdaderos desheredados que no reclaman derechos ni prerrogativas, sino sencillamente el derecho a ser hombres y mujeres. El ‘gran crimen’ es apropiarse el discurso de las verdaderas víctimas”²³.

Así pues, importa el rol del individuo en el proceso de renovación y crecimiento. Los cambios en el ritmo colectivo son bruscos y suceden rápidamente. El ritmo individual es más interior y espiritual. Este desfase provoca situaciones en las cuales, por ejemplo, nos encontramos tan ocupados en nuestros quehaceres pastorales o administrativos que simplemente nos perdemos de vista a nosotros mismos. Una vez que perdemos de vista el ritmo individual, una vez que perdemos de vista el progreso o el crecimiento personal, cedemos ante la inercia del grupo.

La importancia del crecimiento individual estriba en que un tal crecimiento refleja precisamente la acción del Espíritu Santo en la persona. De ahí la importancia de ver en cada fraternidad una comunidad de fe, esto

²² Cf. L. OVIEDO, *El declive franciscano en Occidente: una propuesta de análisis*.

²³ Cf. J. SICILIA, “El infantilismo de nuestra cultura” en *Proceso* 147012, enero de 2005, (Inspirándose de P. Bruekner).

es, el lugar donde, como individuo, comparto aquello que me es más profundo, más íntimo, mi “*fe en Dios*”. Veamos un intento de pensar estas comunidades de fe en el contexto de la sociedad actual.

2. LA SOCIEDAD ACTUAL COMO CONTEXTO

Una comunidad que lee y hace suyo el Evangelio

¿Qué sentido tiene una comunidad de fe en la sociedad actual? El presupuesto es que las comunidades de fe se constituyen alrededor de la figura de Cristo a través del testimonio que de él nos da la Escritura; esto es, tal como el Espíritu y el Padre nos lo dan a conocer. Que nuestra vida sea una comunidad de fe fundada en los textos del Evangelio, lo dicen también nuestras Constituciones: “los hermanos viven el Evangelio en la Iglesia, están obligados a vivir una vida radicalmente evangélica y a anunciar el Evangelio”. Nuestra comunidad de fe es una fraternidad según el evangelio. Así pues, es posible pensar cada fraternidad y la Provincia misma en esta perspectiva de comunidad de fe.

Una vez que nos referimos a la fe, a la Escritura, hay que decir que los textos no pueden permanecer aislados de una comunidad de fe: en ella se vive de los textos releídos, reinterpretados, reapropiados, de ahí la referencia a una comunidad de fe. Sin la comunidad, el texto es un cadáver entregado a la autopsia (Ricoeur). Es de suponer que la comunidad de fe está constituida por lectores del Evangelio que llegan a descubrir la gracia de vivir juntos a partir del mismo texto. De no ser así, el primer artículo de nuestras Constituciones resulta perfectamente gratuito: “La Orden de los Hermanos Menores es una fraternidad en la cual los hermanos se dedican totalmente a Dios viviendo en la Iglesia el Evangelio”²⁴. ¿Qué lugar ocupa la lectura, interpretación y apropiación del Evangelio en nuestras fraternidades de fe?

Sin embargo, en nuestro contexto provincial más que hablar de una comunidad viva lo que hay es una diversidad de comunidades, cada una es diferente por su contexto geográfico y por los individuos que la constituyen. Ahora bien, incluso si la comunidad vive realmente del Evangelio como de su fuente, vive al mismo tiempo la experiencia de las dificultades de la vida.

²⁴ Cf. Cc.GG., n. 1.

No existe una comunidad idílica. Una comunidad idílica corre el riesgo de impedirse a sí misma vivir las dificultades reales de la comunidad. Cuando se ve que una cosa es difícil, es entonces el momento de verificar su importancia, mientras que la tendencia común es de simplemente dejarla de lado sin más.

Por otro lado, muchas comunidades son efímeras (veamos las nuestras: la comunidad no la hace el lugar geográfico sino los individuos, una vez que se cambia alguno de ellos cambia la comunidad), ese carácter efímero puede significar un descrédito para aquello que se pretende vivir. ¿Vale realmente la pena vivir la comunidad? ¿Qué es lo que vale realmente la pena en una comunidad de fe a pesar de las dificultades? Porque cualquier persona puede leer los textos de la Escritura y tratar de pensar en Dios y “dedicarse totalmente a Dios”²⁵, aún más, ello lo puede hacer en el anonimato y en el retiro. Pero algo decisivo sucede una vez que me pongo a hablar de eso que es esencial, una vez que comparto aquello que es fundamental para mí, porque eso se encuentra ligado a mi existencia.

Una comunidad donde se comparte lo que hace vivir a cada miembro

Si bien las comunidades de fe han estado presentes en todos los períodos de la historia, podemos preguntarnos: ¿son necesarias ahora las comunidades de fe? ¿Qué tipo de comunidad de fe es necesaria hoy? ¿A qué comunidad de fe debemos abrirnos?

Consideremos primeramente que existe hoy una dificultad real a la hora de expresar cada cual sus propias convicciones (Charles Taylor). Una vez que un público está presente (como puede ser esta asamblea capitular), resulta extremadamente difícil decir lo que son las convicciones propias. Hay un déficit en la capacidad de expresar lo esencial subjetivamente, aquello que para mí es importante, fundamental. Es posible hacerlo, pero como eso puede prestarse a algunas desviaciones y malentendidos, se prefiere decir aquello que no nos compromete, antes que decir aquello que me hace vivir. En la comunidad de fe se comparte aquello que es esencial para cada uno de sus miembros.

²⁵ Cc.GG., n. 1.

Así pues, si trata de compartir las convicciones fundamentales entre los miembros de la comunidad de fe (una fraternidad) y entre las comunidades de fe entre sí (fraternidades provinciales), conviene pensar, por ejemplo, en la necesidad de una política y una estrategia de comunicación intraprovincial que sea integradora y que nos dé sentido de pertenencia, una comunicación como vehículo para compartir eso fundamental del hermano o de la fraternidad y su contexto.

Si no hay comunidad de fe, ahí donde se vive de la expresión compartida de las convicciones de cada uno de sus miembros, carecen de sentido los textos en que pretende fundarse, incluso los textos del Evangelio, no se diga la Regla o las Constituciones. ¿Qué tipo de comunidad es necesaria entonces? Aquella donde se cuida de no imponer a los otros la propia manera de ver; aquella en donde se renuncia a buscar a toda costa respuestas precisas para cualquier pregunta; aquella donde, en libertad y en responsabilidad, se expresan las convicciones fundamentales de cada uno.

Una comunidad en contexto de cambio

Es de sobra conocido que nuestra sociedad se encuentra en una dinámica de mutaciones rápidas y profundas. ¿Cómo acompañar esos cambios en cuanto comunidad de fe? Es creciente la dificultad que hay en los creyentes para vivir y anunciar la fe. ¿Qué vamos a hacer en esta situación crítica? Ante todo, es necesario evitar las precipitaciones, lo mismo que los resentimientos contra la Iglesia o contra la sociedad. Porque existe en ello un sentimiento de culpabilidad, una cierta sospecha, una desconfianza que como miembros de la Iglesia (o de la Provincia) podemos dirigirnos unos a otros. Culpables encontraremos siempre, y ellos serán el chivo expiatorio que nos permitirá continuar purificándonos las manos.

¿Qué comunidad es, pues, adecuada para la sociedad actual? En el contexto general de la sociedad actual, se trata de proponer la fe. No de imponerla, sino de proponerla como alternativa de vida de cara a otras actitudes posibles. Ciertamente hay que compartir la fe con aquellos que solicitan un servicio cualquiera. Sin embargo, si bien hay que ofrecer ese servicio, hay que proponer al mismo tiempo otra cosa, hay que proponer una manera de vivir diversa, inspirada por el mensaje evangélico. Entonces nuestro problema reside más en aquello que como comunidad de fe vamos a

ofrecer a las personas. No podemos reducirnos a ofrecer un simple trabajo pastoral, ni siquiera con un así llamado “estilo franciscano”. Lo que podemos proponer es una manera de vivir inspirada por el Evangelio, ello sería un signo de que estamos en camino de desmitificar las “obras” propias y de recuperación del gozo de la itinerancia²⁶, la cual, me parece, se encuentra más en el cambio la mentalidad que en el hecho de estar cambiando de sitio constantemente.

Una comunidad en contexto de individualismo y pluralismo

En el contexto actual de mutación profunda hay que contar con dos principios emergentes, a saber, el individualismo y la laicidad. El individualismo implica un sentido de responsabilidad y de juicio, la laicidad es el hecho de que somos muchos y diversos los que entendernos construir la sociedad. En tal situación existe una creciente pérdida de influencia de las instituciones religiosas tradicionales²⁷.

Pero esta crisis de la institución puede ser vista como una oportunidad para inventar nuevas formas de comunidad. Nos encontrarnos también en situación creciente de pluralismo religioso, en un contexto de “politeísmo de valores” que nos plantea el problema de escuchar e interpretar la demanda religiosa del presente²⁸. Por consiguiente, si actualmente son necesarias las comunidades de fe, éstas deben vivirse al mismo tiempo guardando su propio espíritu y en simbiosis con la sociedad actual (estar en el mundo sin ser del mundo). Toca a cada creyente y a cada comunidad de creyentes preguntarse: ¿cómo puedo proponer la fe a la sociedad actual? En lugar de decir: “bueno, puesto que se trata de algo importante, dejemos que el gobierno se encargue de decidir eso”. La comunidad de fe para la sociedad actual es una comunidad religada, reunida por mediación de los textos, los cuales trata de poner en obra de manera realista rechazando vivir en la autodestrucción, es necesario evitar caer en el paso que va de la autocrítica a la autodestrucción.

²⁶ Cf. *La formación permanente en la OFM. Incipiamos fratres*, Roma, 1995, p. 24.

²⁷ El periódico *El Informador* ha publicado una encuesta sobre el empleo del tiempo de Semana Santa por los habitantes de Guadalajara: el 29% descansar en casa, el 27% salir de vacaciones, el 36% trabajar, el 2% participar en los oficios religiosos, el 6% otras actividades.

²⁸ F. DUBOIS, *L'Église des individus*, Genève, 2003.

En este contexto, *volver a las fuentes* significa reproponer nuestras convicciones y hacer de ellas el objeto de una palabra pública. Es necesario tener presente, sin embargo, que decir las convicciones fundamentales es un trabajo en soledad, de mí mismo a mí mismo, y es también un trabajo de puesta en común. Puede suceder incluso que cuando se habla de las convicciones fundamentales muchos no saben cuáles son las suyas propias, lo cual es una auténtica alienación.

Ahora bien, si se quiere estar presente en la sociedad, hay que mirar del lado de los márgenes de la sociedad misma. Es dirigiéndose hacia el margen que se va hacia el corazón del problema, porque es ahí donde las crisis están presentes. Se trata de compartir también con aquellos que están en los márgenes de la sociedad, para escucharles, y para hablarles de aquello que hay de mejor en nosotros mismos.

La identidad moderna es muy compleja, y nos es necesario a nosotros optar por la complejidad (incluso a partir de la dicha *simplicidad franciscana* lo cual sería muy de desear). El hombre moderno se encuentra jalonado por diversos movimientos a la vez. Hay tres notas características de la modernidad: lo religioso, lo económico y lo ecológico (Ch. Taylor). A veces sucede que se produce una alianza entre dos de estas notas contra la tercera: lo religioso y lo económico contra lo ecológico, y así respectivamente. Cada individuo se encuentra jalonado por esta conflictualidad. Cada individuo busca su camino, de ahí la importancia de reconocer al otro. Todo eso actúa sobre la comunidad de fe. Su reconocimiento por parte del otro no está dado de entrada. ¿Cómo hacerse reconocer? ¿Cómo reconocernos como comunidades de fe, y a la Provincia como una gran comunidad de fe? ¿Cómo situarnos de cara a este contexto de complejidad?

El trabajo de la comunidad es expresar su convicción fundamental (testimoniar), afirmar los valores del bien que existen en ella y decirlos, comunicarlos. Hay en ello un carácter profético. Es necesario expresar las fuentes del yo, es decir, expresar aquello que nos hace actuar. De ahí la necesidad de tomar conciencia de aquello que nos hace actuar, de compartir aquello que es fundamental, trascendental, de compartir nuestra manera de valorar y nuestros valores mismos. Esas son las fuentes morales del yo, es aquello que nos hace actuar y que puede producir algo distinto de cara al *competidor* en la sociedad actual. Es el testimonio. Esas fuentes las expresamos por tres razones: en razón de su profundidad (ellas son nuestra identidad), en razón de su poder (puesto que nos hacen actuar) y en razón de

su universalidad (es decir, se trata de aquello de lo cual estamos convencidos de que vale la pena ser comunicado).

Así pues, la comunidad de fe está habitada por fuentes, se expresa a sí misma en sus valores que la hacen actuar, expresa sus valores abiertos a la comunicación. Pero desde el momento en que se habla de valores se habla de diferenciación. Se trata de ser a la vez uno mismo y reconocido por los otros. Si se comparten las convicciones fundamentales se creará un dinamismo y la fuerza de la comunidad se hará más concreta. Pero lo que impide la relación sujeto-alteridad, es el miedo de sí y el miedo del otro, porque aquí es cuestión de vulnerabilidad. Carentes de una relación humana profunda, nos aglutinamos más bien en torno a la actividad pastoral que por el hecho de compartir nuestras convicciones las más fundamentales. Esto último habría que buscar sin descuidar lo otro.

CONCLUSIÓN

La renovación constituye un proceso transfigurante de nosotros mismos y del mundo. Somos testimonio de la presencia transfigurante del Señor. La novedad de siempre es Dios con nosotros. Este Dios es a quien podemos hacer presente en nuestras fraternidades y en nuestro mundo, en nuestra vida y misión.

El intento de contextualizar esa dinámica de renovación pasa ante todo por la recuperación de esa dinámica en el individuo mismo, en la persona de cada hermano. Además, el contexto de cambios rápidos y profundos, de pérdida de influencia de las instituciones, de laicidad de “politeísmo de valores”, y de un creciente individualismo, incluso de un individualismo infantilizante, todo ese contexto, más que como fatalidades que tendríamos que sufrir, constituyen oportunidades para testimoniar una nueva manera de vivir inspirada por el Evangelio; la oportunidad de hacer de nuestro tiempo un *kairos*, un tiempo oportuno para la renovación²⁹.

²⁹ Cf. *La formación permanente en la OFM. Incipiamos fratres*, p. 14.